



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1280

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 3 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta, rue Oauma: tie 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 81.

CONSAGRACIÓN

SANTA IGLESIA CATEDRAL antigua del Obispado de Cartagena

Ayer tarde dieron comienzo las solemnes ceremonias que preceden a la consagración.

Encerrados en una caja tres granos de incienso, un pergamino con la fecha de la consagración y las reliquias de los Santos mártires, fué cerrada y sellada la caja, colocando la urna en un altar preparado al efecto. Seguidamente el clero cantó maitines y laudes del Común de mártires.

Esta mañana á las ocho el Prelado, Excmo. é Ilmo. Sr. D. Vicente Alonso Salgado, en traje ordinario, con roquete y capa, entró en la restaurada Iglesia Catedral y se dirigió al facistol sentándose y mirando á la puerta de la iglesia. El clero hallábase colocado á su lado en dos filas, y dispuso que se encendiesen las luces de las cruces inscritas en los pilares, ordenando á los asistentes que hicieran salir al pueblo de la iglesia. Hecho así, se dirigió al altar en donde habían quedado depositadas las reliquias, precedido de la Cruz y ciriales y del clero, llevando á su lado al diácono y subdiácono y seguido de sus familiares.

Llegada la procesión al sepulcro, el Obispo oró y dijo en alta voz la antifona «No reminiscaris» vistiendo el amito, alba, cíngulo, estola, capa blanca, mitra y baculo, mientras dijo con el clero los salmos penitenciales.

Acabado el rezo, volvió á las puertas de la iglesia en donde recitaba la antifona «Adesto, Deus» y la oración «Acciones nostras» el clero cantó la letanía de los Santos hasta el versículo «Propitius». Después bendijo el agua y la sal, asperjó tres veces los muros exteriores de la iglesia, llamando al

final de cada vez con el báculo á la puerta principal, diciendo en alta voz «Attidite portas» y el diácono que quedó custodiando la iglesia preguntó: «Quis est iste rex glorie?» y contestó el señor Obispo: «Dominus fortis»... y añadiendo la última vez el pretado y el clero «Aperite, aperite»... se abrió la puerta en cuyo umbral señaló con el báculo una cruz diciendo: «Ecce cruce Domini, Tugiat phantasmata cuncta»... y añadiendo en alta voz: «Pax huic domui»... entró en la iglesia seguido de los ministros, el clero y el lapidario.

Cerrada de nuevo la iglesia, el señor Obispo, llegado al centro de la misma entonó puesto de rodillas el himno «Veni, Creator» que cantó el coro, mientras uno de los ministros esparció ceniza sobre el pavimento, formando cruz, cuyos extremos tocaban en los cuatro ángulos del templo. Bendecida tres veces la iglesia y el altar en donde habían de ser encerradas las reliquias, escribió el extremo del báculo sobre el brazo de la cruz que arrancaba de la parte izquierda, el alfabeto Griego y el Latino sobre el otro: encaminóse después al altar que había de ser consagrado y uoajando el dedo pulgar en agua bendecida hizo una cruz en cada uno de sus ángulos y otra en el centro, asperjó siete veces el altar y preparó el cemento que había de cubrir las reliquias.

Seguidamente el Prelado se dirigió a la capilla donde se guardaban las reliquias, recitó la oración «Aufer á nobis...» y Tac nos quesumus»... y se ordenó la procesión que rodeó los muros exteriores de la iglesia, llevando en hombros las sagradas reliquias cuatro presbíteros revestidos con planetas encarnados y el clero presidido por el señor Obispo con cirios encendidos. Al llegar á la puerta del templo se sentó el señor Obispo, se colocaron las reliquias sobre un

altar, preparado al efecto, y el diácono leyó los dos decretos del Santo Concilio de Trento, «Si quem cleri coram» y «Non sunt ferendi».

Se levantó, cuando el coro hubo cantado la antifona «Erit mihi Dominus»... y dicha la oración «Domun tuam Domine»... ungió con el Santo Crisma en forma de cruz las puertas sobre su cara exterior, y después de haber entonado la antifona «Ingredimini Sandi Dei»... entro la procesión, seguida de los fieles, dirigiéndose al altar mayor. Colocada la caja de las reliquias en sitio inmediato, ungió con el Santo Crisma los cuatro ángulos del sepulcro y depositó las reliquias en él. Ungió igualmente en su cara interior la piedra con que había de cerrarse y los albañiles la afirmaron con cemento bendecido: ungió á continuación la parte superior de la piedra é incensó el altar en los lados derecho, izquierdo, anterior y posterior: hizo después cinco cruces con el óleo de los Catecúmenos, una en el centro del altar y las otras cuatro en cada uno de sus ángulos y dió vuelta al altar incensándolo: ungió con el crisma en los mismos sitios y derramando sobre el altar óleo y crisma, lo extendió por toda la superficie con la mano derecha: después ungió igualmente y bendijo las doce cruces de la Iglesia y formando con granos de incienso bendecido cinco cruces que colocó en los cuatro ángulos y centro del altar y colocando sobre ellos cruces de candelilla las hizo arder. Un ministro recogió las cenizas para arrojarlas á la piscina, terminando la ceremonia.

Como dato curioso, insertamos á continuación el telegrama que en 12 de Diciembre de 1875, y con motivo de la restauración que en aquella época se llevó á cabo, en el templo que, reconstruido ha sido hoy consagrado, dirigió á Su Santidad Pio Nono el entonces al-

calde de Cartagena D Jaime Bosch y Moré:

«A Su Santidad Pio Nono. Intérprete fiel de esta católica ciudad de Cartagena, al abrirse hoy al público, restaurado, el templo que fué su catedral, silla de tantos ilustres prelados y entre ellos San Fulgencio su patrono, tengo el alto honor de ofrecer á Vuestra Santidad el más rendido homenaje de veneración, y felicitarle por un acontecimiento tan glorioso para la Iglesia Católica.—El Alcalde.—Jaime Bosch.

A este telegrama, contestó el Pontífice con el siguiente:

Al Alcalde de Cartagena. El Santo Padre ha leído con vivo placer el telegrama que le habeis mandado, y bendice con todo el corazón á esa ciudad.—El Cardenal Antonelli.»

TIJERETAZOS

En un juzgado de Madrid ha sido denunciada una madre por su propia hija, no por nada del otro jueves, sino porque se había casado con otra vieniendo su padre.

Que haya un escándalo más ¡qué importa al mundo?

Y viva la moral.

Dice un periódico que se han unido los liberales... en Inglaterra.

Eran tres fracciones y una vez unidos asumirá la jefatura un triunvirato compuesto de los tres jefes de fracción.

Item más: se ha acordado un programa común á los tres.

En cualquier parte se hacen esas cosas.

En España no. Aquí, como de lo primero que se carece es de programa, no pueden unirse las fuerzas liberales.

Como los soldados de fila no jubilen á los directores y obren por su cuenta, ya hay pleite para rato.

Como muestra de la buena armonía que reina, ahí está la votación del Concordato.

Ha votado Montero Ríos y se ha disgustado Moret.

Conque confien los liberales en la unión.

Por lo demás, hasta Canalejas ha salido

disparado contra Montero Ríos por la conducta de éste en dicha votación.

Véase la clase: es del Heraldo.

«El suceso del día ha sido la aprobación en el Senado del Convenio con el Vaticano, merced al concurso de varios senadores de la minoría democrática.

La nevada política ha sido más intensa que la meteorológica.»

No está mal la puya del lugarteniente Canalejas contra el jefe Montero.

Con pocos golpes como ese va á tener que tomar el olivo el ilustre canonista.

Porque como tirar á dar, si tiran.

EL TELÉGRAFO

¿Correrá hoy la palabra á lo largo del hilo?

Lo ignoramos, pero ya es tiempo de que corra. Seis días de incomunicación son muchos días; los bastantes para hundir en el descrédito lo que por mal nombre llamamos telégrafo.

Hay quien disculpa el aislamiento en que vivimos creyendo que lo justifica la terrible nevada que ha caído. Los que así piensan no hacen comparaciones.

Por el hilo lanzan su pensamiento los ingleses á través de paisajes nevados, más nevados que aquí; pero los postes aquellos no se abaten y los hilos resisten á pesar de aumento de peso que sufren con la solidadura de los copos de nieve.

Y no digamos nada de la nación Suiza, ni del Norte de Rusia ni de la parte de Asia que se disputan moscovitas y nipones á honrazo limpio. Si el telégrafo suizo ó el ruso, ó el que atraviesa la Mandchuria, tan endebles como el español, serviría para lo que este sirve, para abatirse cuando el viento sopla con alguna furia, ofrecerse como cuerpo arrastrable por el agua cuando sobreviene la lluvia ó romperse en pedazos al soldarse á los cables los copos de nieve si cae una nevada.

Valiente servicio prestaría este nuestro telégrafo á los rusos y á los japoneses. Como no fuera para calentarse con los postes y construir alambrados con los hilos, lo que se para dar y recibir noticias y ordenar movimientos de tropas... ¡ya estaban frescos los unos y los otros!

Y todo por no emplear material adecuado, sustituyendo los postes de madera por otros de hierro unidos entre sí por cables resistentes, como han hecho los yanquis en la

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 143

LOS BANDIDOS DE ORGERES 142

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 139

La voz de la mendiga revelaba tanta inquietud, que Daniel detuvo bruscamente su caballo.

—¿Porqué me preguntais eso?

—¡Diantre! ciudadano,—respondió la Virolosa algo turbada,—¡dices que el amo es tan duro y tan malo!... Los buenos deben huir de cobijarse bajo el techo del rico malvado.

—¿A qué diablos viene toda esa retórica, querida mía? ¿No sabeis, cuando me hablais así, que el dueño del Brenil es pariente mio?

Pero de todos modos, podéis tranquilizaros, porque no pienso volver esta noche al castillo.

—Entonces, ¿vais á pasar la noche en la alquería? La insistencia de la pordiosera esoltó las sospechas de Daniel.

—¿Qué os importa?—dijo.

—Sí, sí, quedaos en casa de Bernard,—prosiguió la Virolosa con agitación:—saben que sois un hombre de vallimiento, y acaso no se atreverán.

Yo nada puedo; soy sola, completamente sola... ¡Oh Dios mio, cómo me castigais!

Y abundantes lágrimas corrieron de sus ojos. Daniel empezaba á creer que aquella infeliz tenía trastornada la razón.

—Veoos, buena mujer,—exclamó con impaciencia

se aproximaba la noche. La sombra se condensaba ya bajo las afeosas encinas, si bien todavia algunas ráfagas de luz del poniente atravesaban por varios puntos el sombrío follaje.

Daniel, comprendiendo que no debía detenerse mucho en casa de Bernard si quería llegar á N... antes de media noche, espoleaba á su cabalgadura, cuando alcanzó á ver á la Virolosa sentada á un lado del camino, mientras que, no lejos de ella, su hijo juguetaba sobre la yerba.

Al reconocer al viajero levantóse con precipitación y un destello de alegría brilló en su semblante, horriblemente desfigurado por las viruelas.

Al pasar Daniel, la mujer le hizo una humilde reverencia, y por su parte el niño, prevenido en voz baja por la madre, le envió un beso con la mano.

El juez de paz les dió gracias con una sonrisa.

—Y ¿qué tal, buena mujer?—dijo acertando el pie á su caballo;—parece que ya estamos mejor, ¿eh? Voy á detenerme un instante en casa del hombre del Brenil, y le dejaré algo para vos.

—Pues qué, buen caballero, quiero decir, digno ciudadano... ¿vais á volver al castillo para pasar allí la noche?

—¡Ah traidor! ¡ombustero! Ha hecho su testamento en favor de los otros, á pesar de sus ofrecimientos... Pero ya me las pagará ese viejo avaro! me las pagará antes de mucho, aun cuando tuviese yo misma que denunciarle como aristócrata.